1

Los siete hombres tenían grilletes alrededor de las muñecas, grilletes a los que estaban sujetas unas cadenas. Cada una de ellas estaba unida a una argolla clavada a las viscosas paredes de la estancia de piedra. Una única lámpara de aceite ardía débilmente en una pequeña hornacina situada a la derecha del umbral de la entrada, que estaba en la pared opuesta. Varios pares de cadenas y grilletes colgaban aquí y allá de las altas paredes. El suelo estaba mugriento y cubierto de paja, el olor era intenso. Todos los hombres tenían barba y vestían harapos. Sus pálidos rostros estaban surcados por profundas arrugas. Tenían los ojos clavados en la entrada.

Ante ellos se manifestaban siluetas brillantes que bailaban o cruzaban el aire vertiginosamente, atravesaban los gruesos muros y, de cuando en cuando, aparecían en cualquier otra parte. Algunas de ellas tenían formas abstractas, otras se asemejaban a objetos naturales (flores, serpientes, pájaros, hojas) aunque rayando en la caricatura. Un pálido remolino verde nació y murió en la esquina izquierda de la estancia, delante de la puerta, y derramó una horda de insectos sobre el suelo. De pronto, se oyeron raspaduras entre la paja provocadas por pequeñas criaturas que se apresuraron a devorarlos. De alguna parte más allá del umbral llegó una risa apagada, a la que siguió una serie de pisadas irregulares que se acercaban.

El joven llamado Hodgson, que habría sido un hombre apuesto de estar más aseado y menos enflaquecido, se apartó el pelo largo y castaño de los ojos sacudiendo la cabeza, se humedeció los labios con la lengua, y dirigió una mirada intensa y fulminante al hombre que estaba a su derecha.

—Queda poco… —susurró con voz ronca.

—Ha pasado más tiempo del que creerías —dijo el hombre de aspecto sombrío—. Me temo que va llegándole la hora a uno de ellos.

Un hombre rubio que se hallaba más a la derecha se puso a gemir en voz baja. Otros dos conversaron entre susurros.

Una inmensa mano con forma de garra, entre púrpura y grisácea, apareció en el umbral, agarrando algo a su derecha. Los pasos cesaron, pero les siguió una respiración profunda y una risa estridente. El hombre calvo y todavía gordo que estaba a la izquierda de Hodgson soltó un chillido.

Una enorme y sombría figura apareció en el cerco de la entrada, y sus ojos (amarillo el izquierdo, rojo el derecho) absorbieron la luz de la trémula lamparilla. El aire de la estancia, ya de por sí helado, se volvió más gélido aún mientras la silueta avanzaba tambaleante; la pierna izquierda, terminada en pezuña y descoyuntada hacia atrás, iba repiqueteando sobre la piedra que había debajo de la paja; el pie derecho, ancho y palmeado, le colgaba inerte de una pierna gruesa y tan ancha como el pie al tiempo que se iba acercando a la entrada. Cuando se balanceaba hacia delante, sus largos y musculosos brazos rastrillaban el suelo. Mientras inspeccionaba a los prisioneros, el tajo que tenía en el rostro casi triangular se ensanchó hasta cobrar la forma de algo que parecía una sonrisa, y reveló una fila de dientes amarillentos.

Aquello avanzó hasta el centro de la estancia y se detuvo. Una lluvia de flores cayó a su alrededor y las apartó como si le incordiaran. Carecía completamente de pelo y su piel tenía el tacto del cuero, moteada de escamas en algunas partes. Parecía

no tener un sexo definido. Su lengua, que proyectó de repente hacia fuera, era bífida y del color del hígado.

Los hombres encadenados guardaron silencio y se quedaron inmóviles en sus forzadas posturas, mientras esos ojos de distintos colores los examinaban una vez, y otra…

Y entonces la cosa se movió con increíble rapidez. Dio un salto hacia delante y extendió el brazo derecho de golpe para agarrar al hombre gordo que había gritado antes.

Una única sacudida liberó al hombre de sus cadenas y lo hizo chillar espeluznantemente. Entonces la boca de la criatura se cerró en torno a su cuello y el grito murió con un gorgoteo. El hombre se retorció durante un tiempo y después se quedó flácido entre sus garras.

La criatura gorjeó también cuando levantó la cabeza y, después, se pasó la lengua por los labios. Los ojos se volvieron hacia el lugar donde había apresado a su víctima. Despacio, se pasó la carga al brazo izquierdo y alargó el derecho para recoger el brazo de la víctima, que aún colgaba dentro del grillete que oscilaba en la pared. No prestó ninguna atención a otros restos más pequeños que quedaban en el suelo.

Se dio la vuelta y se dirigió hacia el umbral arrastrando los pies, royendo el brazo mientras caminaba. Parecía ignorar el pez brillante que flotaba en el aire y las visiones que se abrían y se cerraban como pantallas deslizantes, arriba, abajo, a su alrededor: muros de fuego, árboles finos como agujas, torrentes de agua turbia, campos de nieve derretida…

Los prisioneros que quedaban escucharon los pasos estruendosos y vacilantes de la criatura que se alejaba. Por fin, Hodgson se aclaró la garganta.

—Bien, este es mi plan… —empezó a hablar.

Semirama se acuclilló sobre el saliente de piedra del pozo e inclinó su cuerpo hacia delante, apoyando las manos en el

borde; al hacerlo, la docena de brazaletes que llevaba en sus extremidades superiores brillaron bajo la luz mortecina. La mujer tenía el cabello largo y negro, perfectamente recogido. Vestía una ligera prenda amarilla. La habitación era cálida y húmeda. Sus labios fruncidos despidieron una serie de gorgoritos. Los esclavos, que contenían el aliento, iban apoyando las palas en distintos puntos cerca del pozo. Media docena de pasos detrás de ella y otros tantos más a la derecha, se encontraba Baran el de la Tercera Mano: un hombre alto con el cuerpo en forma de barril, los pulgares engarfiados en el cinturón de tachuelas, barbudo, con la cabeza inclinada hacia un lado como si hubiera entendido solo a medias los sonidos que emitía la mujer. Pero sus ojos, al igual que muchos de sus pensamientos, no se apartaban de las nalgas a medio descubrir de Semirama.

Qué lástima que sea tan necesaria para la operación y que yo no le importe un comino, dijo para sí. *Qué lástima que tenga que tratarla con cortesía y respeto, en vez de, digamos, tratarla con insolencia y violarla. Trabajar con ella sería mucho más fácil si fuera, no sé, fea. Aun así, me alegra la vista y, quién sabe, a lo mejor algún día…*

Ella se giró sobre sus talones y dejó de producir los sonidos que habían llenado la fétida estancia. Baran arrugó la nariz cuando una corriente de aire trajo consigo ciertos olores. Todos esperaron.

Se comenzaron a oír chapoteos en el fondo del pozo y algún esporádico golpe seco que hizo vibrar el suelo. Los esclavos retrocedieron hasta pegar sus espaldas contra la pared. En alguna parte de debajo del techo empezaron a formarse copos incandescentes. Sacudiéndose el vestido, Semirama trinó unas notas agudas. El fuego dejó de caer enseguida y algo dentro del pozo gorjeó a modo de respuesta. La estancia se volvió mucho más fría. Baran suspiró.

—Por fin —profirió él en un soplo.

Los sonidos no dejaron de emerger del pozo durante un largo rato. Semirama se irguió para iniciar una respuesta o una interrupción. Sin embargo, su réplica fue ignorada y aquellos sonidos seguían ahogando los suyos. Los golpes recomenzaron y una lengua de fuego se elevó del pozo, se agitó y volvió a caer, todo en cuestión de segundos. Un rostro (alargado, retorcido, angustiado) había aparecido durante un instante en medio del resplandor anaranjado. Semirama se apartó del pozo. Un sonido semejante al tañido de una enorme campana llenó la habitación. De pronto, empezaron a caer cientos de ranas: saltando unas sobre otras, algunas cayeron dentro del pozo, otras escalaron y descendieron por las montañas de excrementos con las que los esclavos habían estado trabajando y, finalmente, escaparon por el pasadizo. Un bloque de hielo más grande que dos hombres juntos se estrelló contra el suelo.

Semirama se incorporó lentamente, dio un paso atrás y se volvió hacia los esclavos.

—Seguid con el trabajo —ordenó.

Los hombres vacilaron. Baran se adelantó presuroso, agarrando el hombro y el muslo más cercanos que encontró. Levantó al hombre del suelo, lo empujó hacia delante, al borde del pozo, y lo hizo caer en él. El grito que siguió a la caída no duró mucho.

—¡Recoged esa mierda! —gritó Baran.

Los demás volvieron al trabajo sin rechistar y empezaron a recoger los hediondos montículos rápidamente, tirando el material dentro del oscuro agujero.

Baran se dio la vuelta cuando la mano de Semirama cayó sobre su hombro.

—La próxima vez trata de controlarte —lo reprendió—. La mano de obra es algo muy preciado.

Baran abrió la boca, volvió a cerrarla, y asintió rudamente con la cabeza. Cuando ella hablaba remitían los chapoteos más ruidosos, los trinos cesaban.

—Por otra parte, a lo mejor ha disfrutado de la diversión. —Una sonrisa se dibujó en sus labios carnosos. Le soltó el bíceps y se arregló el vestido.

—¿Qué… qué es lo que ha dicho esta vez?

—Ven —dijo ella.

Rodearon el pozo, evitando el bloque de hielo que se derretía, y atravesaron el pasadizo hasta una galería de techo bajo. Semirama cruzó por ella hasta llegar a una ventana amplia junto a la cual se detuvo y se puso a contemplar el paisaje brillante de la mañana a través de la niebla. Él la siguió y se quedó a su lado, con las manos cruzadas en la espalda.

—¿Y bien? —preguntó Baran por fin—. ¿Qué es lo que tenía que decir Tualua?

Semirama no dejó de observar los colores vibrantes, las rocas que se transfiguraban más allá de los bancos de niebla.

—Se trata de un ser completamente irracional —dijo al fin.

—¿Se enfada?

—A veces. Va y viene, pero no es lo importante. Forma parte de su condición. Los de su naturaleza siempre han tenido una vena de locura.

—Entonces todos estos meses… ¿en realidad no buscaba castigarnos?

Ella sonrió.

—No más de lo habitual —puntualizó Semirama—. Pero los aprendices siempre se han cuidado de su hostilidad hacia el hombre.

—¿Cómo consiguió doblegarlos entonces?

—Hay fortaleza en la locura, además de capacidad para encontrar nuevos métodos con los que afrontar los problemas.

Baran empezó a golpear el suelo con el pie.

—Eres nuestra experta en Dioses Antiguos y los de su clase —siguió finalmente—. ¿Cuánto durará esto?

Ella agitó la cabeza.

—No hay forma de saberlo. Podría ser para siempre, podría terminar ya mismo… o cualquier opción entre medias.

—¿Y no hay nada que podamos hacer para… acelerar su recuperación?

—Quizá se vuelva consciente de su enfermedad y él mismo proponga una cura. A veces ocurre.

—¿Ya tuviste este problema con él, en los viejos tiempos?

—Sí, y el procedimiento fue el mismo. Tuve que hablar con él a menudo, intentar que se pusiera en contacto con su otro yo.

—Mientras tanto —replicó Baran—, podría matarnos en cualquier momento: sin los aprendices, sin poder controlar su magia.

—Es posible. Tenemos que permanecer alerta.

Baran resopló.

—¿Alerta? Si se levanta contra nosotros no hay nada que podamos hacer, ni siquiera huir. —Hizo un gesto dramático mientras miraba la panorámica que se desplegaba bajo la ventana—. ¿Quién podría atravesar los páramos?

—Los prisioneros lo consiguieron.

—Pero eso fue antes, cuando el efecto no era tan fuerte. ¿Acaso querrías salir ahí fuera?

—Solo si no hubiera alternativa —contestó Semirama.

—Y el espejo, como muchos otros tipos de magia, no funciona bien ahora —añadió Baran—. Ni siquiera Jelerak puede llegar hasta aquí.

—Es posible que tenga otros problemas ahora mismo. Quién sabe.

Baran se encogió de hombros.

—Sea como sea —prosiguió—, el resultado es el mismo. Nadie puede entrar o salir de aquí.

—Y sin embargo, apuesto a que hay muchos intentando entrar o salir. Este sitio tiene que parecer la oportunidad de su vida para cualquier mago que esté ahí fuera.

—Bueno, lo sería… si alguien pudiera tomar el control. Está claro, nadie del exterior tiene forma de saber lo que va mal. Sería un riesgo.

—Pero un riesgo menor para los que nos encontramos aquí dentro, ¿verdad?

Él se pasó la lengua por los labios y se volvió para mirarla.

—No estoy seguro de entender lo que quieres decir…

Justo entonces un esclavo que venía del establo cruzó con una carretilla cargada con estiércol de caballo. Semirama esperó a que se hubiera ido.

—Te he observado —dijo ella—. Puedo ver dentro de ti, Baran. ¿Crees de verdad que puedes proteger este lugar de tu maestro?

—Se está equivocando, Semirama. Ya ha perdido parte de su poder, y Tualua otro tanto de lo mismo. Creo que se puede hacer, pero no puedo hacerlo solo. Hacía muchísimo tiempo que no lo veía tan debilitado.

Semirama se echó a reír.

—¿Y tú hablas de tiempo? ¿Tú hablas de su poder? Yo ya caminaba por este mundo cuando era un lugar mucho más joven. Reiné en el Tribunal Supremo del Oeste en Jandar. Conocí a Jelerak cuando luchó contra un dios. ¿Qué son tus escasos siglos para hablar de tiempo?

—El dios lo derrotó y lo destrozó.

—Y aun así sobrevivió. No, alcanzar tu sueño no te sería una tarea fácil.

—Supongo que entonces no te interesa —comentó Baran—. Muy bien. Recuerda tan solo que hay una gran diferencia entre un sueño y un acto. Yo no he hecho nada contra él.

—No tengo ninguna necesidad de informarle de cada palabra frívola que intercambiemos —le espetó ella.

Baran suspiró.

—Te doy las gracias por ello —respondió—. Pero tú fuiste una reina. ¿No anhelas volver a tener ese poder?

—Me harté del poder. Me siento agradecida de estar viva de nuevo. Eso sí se lo debo.

—Te hizo venir solo porque necesitaba a alguien que pudiera hablar con Tualua.

—Sea como sea…

Se quedaron de pie durante un momento, mirando fijamente a través de la ventana. Las nieblas se disiparon y vislumbraron varias figuras oscuras luchando sobre un resplandeciente lecho de arena. Baran hizo un gesto cerca de la esquina derecha de la ventana y la imagen voló hacia ellos hasta que dio la impresión de que estaba a solo a unos pasos de distancia: dos hombres y un caballo de carga se hundían en el suelo.

—No paran de llegar —apreció Baran—. Esa oportunidad de la que hablabas… Apuesto a que esos son un mago y su aprendiz.

Mientras miraban, una horda de escorpiones rojos, cada uno del tamaño del pulgar de un hombre, se escabullía por la arena hacia las siluetas que luchaban. Al verlos, el primero de los hombres que se estaba hundiendo hizo un gesto lento y prolongado. Un círculo de fuego surgió alrededor de las figuras. Los arácnidos avanzaron más despacio, retrocedieron y comenzaron a rodear el perímetro del círculo.

—Sí, ese hechizo ha funcionado… —asintió Baran con la cabeza.

—A veces funcionan —puntualizó Semirama—. La energía de Tualua se está liberando bajo unos patrones muy erráticos.

Después de un tiempo, los artrópodos terminaron abalanzándose sobre las llamas, los cuerpos de los que perecían servían de puente a sus compañeros. El mago que se hundía volvió a hacer un gesto y volvió a surgir otro círculo de fuego dentro del primero. Eso consiguió ahuyentar a los escorpiones una vez más, pero por un periodo mucho más breve que el anterior. Repitieron el asalto al fuego y empezaron a cruzar también esta barrera. Para entonces, otros tantos estaban ya cruzando

la arena para unirse a la primera oleada. El mago alzó su mano una vez más e inició otro gesto. Las llamas brotaron en el comienzo de un tercer círculo. En ese momento, sin embargo, las nieblas que se dispersaban volvieron a oscurecer la visión.

—¡Maldición! —exclamó Baran—. Justo cuando se estaba poniendo interesante. ¿Cuántos círculos más crees que conseguirá levantar?

—Cinco —contestó ella—. No le queda espacio para más.

—Yo habría apostado por cuatro, pero quizá tengas razón. Estaba un poco distorsionado.

En la lejanía se oyó el débil sonido de un golpeteo intenso.

—¿Cómo era? —preguntó él un rato después.

—¿El qué?

—Estar muerta. Que te convocaran después. Nunca hablas de ello.

Ella desvió la mirada.

—¿Piensas acaso que pasé ese tiempo en un horrible lugar como el infierno? ¿O a lo mejor en un lugar de placer y deleite? ¿O que ahora para mí es todo sombrío, onírico? ¿O por el contrario que no hubo nada? ¿Una negrura vacía?

—Todas esas posibilidades se me han pasado por la cabeza. ¿Cuál de ellas tuvo lugar en realidad?

—La verdad…, ninguna —respondió—. Sufrí varias reencarnaciones: algunas de ellas muy interesantes, otras bastante tediosas.

—¿De veras?

—Sí. En el pasado fui una joven sirvienta en un país lejano, al este de aquí, donde pronto me convertí en la favorita secreta del rey. Cuando Jelerak reanimó mi polvo original y llamó a mi espíritu para que volviera a él, aquella pobre muchacha quedó convertida en una imbécil. En un momento de lo más inoportuno, debo añadir: mientras disfrutaba del abrazo real. —Se calló por un momento—. Él nunca lo notó —terminó.

Baran se movió para verle la cara. Se estaba riendo.

—¡Perra! —bramó—. Siempre burlándote. ¡Nunca eres capaz de dar una respuesta clara!

—Te has dado cuenta. Sí. Me complace ser quizá la única persona con algo de conocimiento sobre esa profunda cuestión… y no compartirlo.

Los ruidos irregulares que se acercaban se oían más alto.

—Vaya, ¡mira! Ya se ha despejado. ¡Está dibujando el sexto círculo!

Baran soltó una risita de satisfacción.

—Eso parece. Pero apenas puede mover esa mano. No sé si conseguirá hacer otro. También es posible que se sumerja antes de que lo cojan. Parece que ahora se está hundiendo más rápido.

—¡La niebla vuelve a taparlo! Nunca lo sabremos…

Los ruidos aumentaron su frecuencia y ellos se dieron la vuelta a tiempo de ver un ser de color violeta, con los ojos y las piernas asimétricos, pasar rápidamente junto a ellos en dirección a la estancia que habían dejado.

—¡No entres allí! —gritó en mabrahoring, la lengua de los demonios y los malditos—. Baran, ¡detenlo! No pienso hacerme responsable de las consecuencias si a Tualua le molesta un demonio. Si este lugar pierde su anclaje…

—¡Alto! —le advirtió Baran de un grito, dándose la vuelta.

Pero el demonio, que sostenía un objeto sospechoso junto a la fuente de su risita, se escabulló por un estercolero y bajó a toda prisa hacia el fondo del pozo.

Un instante después, el espacio vacío que quedaba delante de él pareció abrirse con un sonido semejante al que emite la tela al rasgarse, y dejó ver una pequeña área de absoluta negrura. Los esclavos escaparon. El demonio se detuvo, encogido.

Hubo un movimiento en la abertura de la oscuridad. Una mano gigantesca y pálida apareció de allí dentro. El demonio se movió deprisa para esquivarla y replegarse, pero la mano fue más rápida. Se lanzó hacia delante, lo agarró por el cuello y lo elevó del suelo. Luego se movió, arrastrando

con ella la zona de oscuridad, mientras llevaba consigo la carga, que se retorcía y se ahogaba. Subió por encima del montón, atravesó la estancia, llegó hasta la entrada y se adentró en el pasadizo.

La mano se acercó a Baran y Semirama y dejó caer el engendro a los pies del primero. Tras hacer esto se retiró a la oscuridad, seguida de un desgarro, y la quietud lo invadió todo de nuevo.

Semirama ahogó un grito. El objeto que el demonio tenía aún entre sus garras era una pierna humana que había estado mordisqueando.

—¡Ha vuelto a ir donde los prisioneros! —exclamó—. ¡Conozco ese tatuaje! Era Joab, el mago gordo que vino del este.

Baran le dio una patada en el trasero a la criatura encogida.

—¡Mantente alejado de esa habitación! ¡No te acerques al pozo! —le ordenó en mabrahoring, señalando hacia el otro extremo del pasillo—. Si vuelves a acercarte allí, ¡toda la ira de la Mano caerá sobre ti!

Volvió a patearla, y de un golpe tumbó a la criatura, que se puso a gemir y apretó la pierna para sí con más fuerza.

—¿Lo has entendido?

—Sí —gimoteó en la misma lengua.

—Entonces no olvides mis palabras, ¡y lárgate de mi vista!

El demonio se marchó por el mismo sitio por el que había venido.

—Pero los prisioneros… —Semirama apuntó de nuevo.

—¿Qué pasa con ellos? —preguntó Baran.

—No podemos permitir que los considere su despensa privada.

—¿Por qué no?

—Jelerak los querrá intactos cuando los someta a su juicio personal.

—Lo dudo. No son tan importantes. Y por lo que a eso respecta, difícilmente encontrará un fin peor para ellos, llegado el momento.

—Aun así… Estrictamente hablando, son sus prisioneros, no los nuestros.

Baran se encogió de hombros.

—No creo que nos veamos obligados a responder de ello. Pero si eso sucede, acepto toda la responsabilidad. —Hizo una pausa y continuó—: No estoy tan seguro de que vaya a regresar. —Volvió a callarse—. ¿Y tú?

Semirama se dio la vuelta para contemplar de nuevo el turbio paisaje que se extendía bajo la ventana.

—No sabría decirlo. Y no estoy segura de querer responder a esa pregunta en este momento.

—¿Qué diferencia hay entre este momento y cualquier otro?

—Es demasiado pronto. Jelerak se ha ausentado mucho más tiempo en otras ocasiones.

—Los dos sabemos que algo le ocurrió en el Ártico.

—Ha pasado por cosas peores. Lo sé. Estuve allí en las primeras épocas, ¿recuerdas?

—¿Y si nunca regresa?

—Eso es una pregunta retórica, a no ser que Tualua vuelva en sí.

Los ojos de Baran centellearon, después brillaron casi con regocijo.

—¿Y si tu enfermo se recupera mañana?

—Puedes preguntarme entonces.

Baran resopló, se volvió sobre sus talones y se marchó con aire ofendido por el mismo sitio por el que se había marchado el demonio. Mientras lo hacía, Semirama contó hasta seis con los dedos y luego lo dejó. Tenía lágrimas en los ojos.

Era un país moderadamente montañoso y lleno de vegetación primaveral. Meliash estaba sentado encima de una loma, con la espalda vuelta hacia la cima, y con la vara de ébano, tan larga como un brazo, levantada en el suelo frente a él con la parte

inferior hundida un palmo bajo el suelo. Tenía la mirada fija más allá de la pértiga, donde las nieblas, teñidas de rosa por la luz de la mañana, se movían sobre la zona encantada y revelaban las transformaciones constantes del paisaje. Era un hombre de espaldas anchas y cabellera leonada. Los ropajes que vestía, en los que predominaba el naranja, resultaban sorprendentemente lujosos para la región y el cargo que ocupaba. Del cuello le colgaba una cadena dorada de la que pendía una piedra de un azul brillante, a juego con sus ojos. Tras él, sus dos sirvientes iban y venían por el campamento, preparando el desayuno. El hombre se inclinó lentamente y colocó la yema de los dedos sobre la vara. Seguía con los ojos fijos en el horizonte. Cada vez que se formaban remolinos en la niebla, con cada oleada de sombras que se movía, su mirada se volvía para contemplarlos. Finalmente se quedó inmóvil, escuchando con el cuerpo. Después murmuró algo en voz baja y esperó. Repitió esto mismo varias veces antes de levantarse y volver al campamento.

—Añadid un asiento más para el desayuno —les ordenó a los criados—. Luego preparad comida para más personas todavía y mantenedla caliente. Va a ser un día interesante.

Los criados refunfuñaron, pero, así y todo, uno de ellos empezó a sacar verduras de un saco y a pelarlas. Luego se las pasó al otro, que las fue cortando en trozos pequeños y metiéndolas en el puchero.

—Echa también un poco de carne.

—Entendido, Meliash, pero se nos está acabando la carne —le comunicó el más viejo de los criados, un hombre pequeño con una barba descolorida.

—Entonces alguno de los dos tendrá que salir a cazar esta tarde.

—No me gustan estos bosques —replicó el otro, un hombre delgado con los ojos muy oscuros—. Puede que algún hombre-bestia o cualquier otro engendro haya llegado hasta aquí.

—El bosque no es peligroso —contestó Meliash.

El hombre bajito empezó a cortar una pieza de carne.

—¿Cuánto falta hasta que lleguen tus invitados? —preguntó.

Meliash se encogió de hombros y se alejó, encaminándose a la colina hacia la parte trasera del campamento.

—No tengo el modo de calcular cuán rápido llegará alguien aquí. Yo…

Algo se movió y Meliash se dio cuenta de que había una bota verde junto al árbol retorcido que tenía delante. Un par de ellas…

Se detuvo y alzó la cabeza. Una figura alta, con el sol a sus espaldas…

—Buenos días —saludó, entrecerrando los ojos y cubriéndolos del sol—. Me llamo Meliash y soy el guardián de la Sociedad en este sector…

—Lo sé —fue la respuesta—. Buenos días para ti también, Meliash.

La silueta avanzó sin hacer el más mínimo ruido. Era la de una mujer delgada, con el pelo y la piel de color claro, los ojos verdes y un rostro de exquisitas facciones; llevaba un abrigo, un cinturón y una cinta para el pelo del mismo color que sus botas. Las calzas y la blusa eran negras; el chaleco de cuero, marrón. Del cinturón le colgaban unos tupidos guantes negros, así como una espada corta y una daga. En la mano izquierda llevaba un arco ligero, sin cuerda, de un tipo de madera rojiza que Meliash no conseguía reconocer. Sí que reconoció, en cambio, el enorme anillo negro con un dibujo verde que llevaba en el dedo índice de esa misma mano. Prescindiendo del saludo de reconocimiento de la Sociedad, hincó una rodilla en el suelo e hizo una reverencia.

—Señora de Marinta… —dijo.

—Levántate, Meliash —contestó ella—. Estoy aquí por aquello de lo que eres testigo. Llámame Arlata.

—Quisiera disuadiros, Arlata —empezó a decir Meliash, poniéndose de pie—. El riesgo es muy alto.

—También lo es la ganancia —replicó.

—Acercaos y desayunad conmigo —la invitó—, y os contaré algo sobre ello.

—Ya he comido —contestó mientras iba con él hacia el campamento—, pero te acompañaré con la conversación.

Lo siguió hasta una mesa de caballete, al sur del fuego, y se sentó en un banco junto a él.

—¿Desean algo? —inquirió el sirviente más joven.

—¿Os apetece un poco de té? —le preguntó Meliash a la joven.

—Sí, tomaré té.

Le hizo un gesto con la cabeza al criado.

—Dos tés.

Se quedaron sentados en silencio mientras preparaban la bebida, la vertían y la servían frente a ellos, con la mirada fija en el Oeste, hacia la tierra cambiante y sus nieblas. Cuando ella hubo bebido su té, Meliash alzó su taza y le dio un sorbo también.

—Sienta bien en esta fría mañana.

—Sienta bien en cualquier momento. Es una hierba magnífica.

—Gracias. ¿Por qué queréis ir a ese lugar, señora?

—¿Por qué iba a desearlo alguien? Hay poder ahí.

—A no ser que lo que haya oído no sea cierto, ya tenéis en vuestras manos un poder considerable, y eso sin mencionar riquezas más mundanas.

Arlata sonrió.

—Supongo que sí. Pero el poder encerrado en ese extraño lugar es enorme. Conseguir el control de ese Antiguo… Puedes pensar que soy una idealista, pero si lo consiguiera podría hacer mucho bien. Podría paliar muchas de las miserias de este mundo.

Meliash suspiró.

—¿Por qué no podréis moveros por motivos egoístas, como todos los demás? —preguntó—. Bien sabéis que mi trabajo

aquí consiste en disuadir a quienes pretenden empezar esas expediciones. Vuestra motivación me lo pone más difícil.

—Sé cuál es la posición de la Sociedad al respecto: Jelerak puede regresar en cualquier momento, decís, y la presencia de intrusos podría provocar un incidente que involucrara a toda la Sociedad. Eres un testigo irreprochable, como lo son los otros reunidos aquí. Para satisfacer el requisito de la Sociedad, doy mi juramento de que actúo únicamente en mi nombre durante esta empresa. ¿Es eso suficiente?

—En principio, sí. Pero no era eso lo que yo pretendía. Incluso si conseguís llegar, el castillo sigue teniendo sus defensas, y es de suponer que los protectores de su amo estarán allí al mando. Dejando eso a un lado, tengo serias dudas de que un Antiguo esté obligado a hacer el bien durante mucho tiempo, eso en el caso de que tuvierais éxito en encontrar un mecanismo de control sobre la criatura. Son una estirpe podrida y es mejor dejarlos dormir. Regresad a los dominios de los elfos, señora. Buscad caminos más sencillos para la caridad. Incluso si vencéis, os digo que habréis fracasado.

—Ya he escuchado eso antes —afirmó—, y he reflexionado mucho sobre ello. Te agradezco tu preocupación, pero está decidido.

Meliash le dio un sorbo a su té.

—Yo lo he intentado —se resignó al fin—. Si os sucede algo cuando estéis aún a mi vista trataré de rescataros. Pero no puedo prometer nada.

—Tampoco os he pedido nada.

Arlata apuró su té y se levantó.

—Ahora debo partir.

Meliash se puso en pie.

—¿Por qué apresurarse? Aún es temprano. Luego hará más calor y acaso otro aventurero se nos una más tarde. Si sois dos, tendréis más oportunidades…

—¡No! No pienso compartir la recompensa, sea cual sea.

—Como deseéis. Venid, os acompañaré hasta el perímetro.

Atravesaron el campamento hasta llegar a donde la hierba empezaba a clarear. Unos pasos más adelante, el follaje palidecía en un blanco mortecino.

—Ahí está —señaló Meliash con un gesto—. Aproximadamente dos leguas de perímetro, más o menos circular. El castillo es el punto más alto, casi en el centro. Hay cinco representantes de la Sociedad emplazados en diversos puntos de la periferia, prácticamente a la misma distancia unos de otros, para estudiar los sucesos, aconsejar y servir de testigos. Si tenéis que usar la magia, quizás comprobéis que vuestros hechizos funcionan a la perfección; pero también es posible que se vean amplificados, atenuados, anulados o distorsionados de algún modo. Puede que se os acerquen seres inofensivos u otros que no lo sean… O a lo mejor es el propio paisaje el que se acerca. No hay modo de saber cómo será vuestro viaje. Pero dudo que lo hayan logrado muchos. Si alguno lo ha conseguido, no ha cambiado nada en los alrededores.

—¿Y eso lo atribuyes a que lo están defendiendo desde el interior?

—Es lo más probable. El propio castillo parece intacto.

—Lo que está claro —dijo ella, mirándolo a los ojos— es que no podemos sacar ninguna conclusión basándonos en el estado de ese castillo. No es una construcción como las demás.

—Nunca lo he sabido con certeza, pero puede que haya algo de verdad en esa afirmación. Los Hermanos, mejor dicho, la Sociedad está comprobándolo.

—Pues yo sí lo sé. Podría haberos ahorrado la molestia. ¿No sabrás quién estaba al mando cuando ocurrió todo?

—Sí. El que llaman Baran el de la Tercera Mano. Fue un reconocido miembro de la Sociedad hasta hace unos años, cuando se pasó al bando de Jelerak.

—He oído hablar de él. Parece de la clase de persona que podría haber ido allí atraído por el poder, si se le hubiera presentado la oportunidad.

—Quizá lo intentó, y este ha sido el resultado. No lo sé.

—Espero descubrirlo pronto. ¿Tienes algún consejo que darme?

—No gran cosa, la verdad. En primer lugar, protegeos con un hechizo defensivo y…

—Eso ya lo he hecho.

—Y prestad atención a las ondas de perturbación mientras vayáis. Parece que salen al exterior y rodean el lugar en el sentido contrario a las agujas del reloj. Según su intensidad, pueden pasar por el mismo punto de una a tres veces seguidas. El ritmo es el de una gran ola en un día agradable. Tras su estela, las cosas cambian y los resultados de los hechizos serán mucho más fuertes durante los picos.

—¿Hay algún intervalo entre ellas?

—No que nosotros hayamos podido detectar. Puede haber largos periodos de calma, puede que se sucedan varias rápidamente. Empiezan sin avisar.

Después Meliash se quedó en silencio, ella lo miró. Él apartó la mirada.

—¿Sí? —Arlata lo apremió para que continuara.

—En caso de que resultaseis vencida —reemprendió Meliash su discurso—, incapaz de avanzar o retroceder…, en pocas palabras, si no lograrais cruzar, os agradecería que tratarais de usar alguno de los medios que pone a disposición la Sociedad para hacerme llegar los detalles.

Dirigió una mirada fugaz a la vara clavada en el suelo cerca de él.

—Si me estoy muriendo pero me siguen quedando fuerzas, tendrás un informe para tus archivos —contestó—, o para cualquier otro fin para el que pueda servir, si es que te llega el mensaje.

—Gracias. —Volvió a mirarla a los ojos—. Solo puedo desearos buena suerte.

Ella le dio la espalda a la tierra cambiante y silbó tres notas suaves.

Meliash se giró a tiempo para ver un caballo blanco con la crin dorada salir del bosque situado más allá del campamento y venir hacia ellos, con la cabeza erguida. La belleza del animal que se acercaba le hizo contener el aliento.

Cuando el caballo llegó hasta ella, Arlata le sujetó la testa y le habló en élfico. Después montó con presteza, con elegancia, y se giró de nuevo para encarar la tierra cambiante.

—La onda más reciente ocurrió justo antes del amanecer —le informó Meliash—, y durante algún tiempo las cosas parecían más calmadas pasados esos dos picos anaranjados de la derecha. Los veréis en un momento, supongo.

Ambos esperaron hasta que la brisa aclarara las nieblas; las dos elevaciones de piedra fueron visibles por un momento.

—Lo intentaré.

—Mejor vos que muchos otros.

Se inclinó y habló en voz baja. El caballo avanzó a trote ligero hacia la tierra pálida. En cuestión de segundos, ambos se convirtieron en dos figuras tenues y silenciosas.

Meliash se dio la vuelta para volver a su campamento y tocó la vara oscura cuando pasó junto a ella. Se detuvo enseguida, arrugó la frente. Recorrió el palo de un lado a otro con las yemas de sus dedos, y se acuclilló junto a él. Cogió después el zurrón que colgaba de su cinto, sacó una pequeña botella de cristal amarilla, la levantó y pronunció unas palabras en voz alta. El rostro barbudo de un anciano emergió del fondo.

—¿Sí, Meliash? —las palabras resonaron dentro de su cabeza.

—Estoy percibiendo unas vibraciones extrañas —afirmó—. ¿Eres tú? ¿Está empezando una nueva onda por allí?

El anciano negó con la cabeza.

—Nada por aquí, aún. No.

—Gracias, le preguntaré a Tarba.

Meliash pronunció unas palabras más y el rostro desapareció para dejar espacio al de un hombre de tez oscura que llevaba un turbante.

—¿Cómo están las cosas por tu zona? —le preguntó al hombre.

—Tranquilas —contestó Tarba.

—¿Has comprobado tu vara hace poco?

—Está a mi lado ahora mismo. Nada.

Meliash se puso en contacto con los demás guardianes: un anciano de mandíbula prominente con los ojos de un azul brillante y un joven de aspecto enérgico con el rostro surcado de arrugas. Sus respuestas fueron las mismas que las de los otros hombres.

Después de devolver la botella al zurrón, se quedó un buen rato de pie con la mirada fija en la tierra cambiante, pero no se levantó ninguna onda más. Tocó la vara una vez más y descubrió que las vibraciones que lo habían tenido inquieto ya habían desaparecido.

Regresó al campamento y se sentó a la mesa con la barbilla apoyada sobre el puño y los ojos entrecerrados.

—¿Sirvo ya el desayuno? —le preguntó el sirviente más joven.

—Déjalo en el fuego. Queda gente por venir —respondió Meliash—. Pero tráeme más té.

Más tarde, mientras estaba sentado tomándose el té, dejó caer unas gotas sobre el mantel y empezó a hacer dibujos con los dedos. *El castillo, así que… Un pentagrama de vigilantes a su alrededor, con que… Las ondas propagándose hacia el exterior en espiral, de esta manera, y normalmente surgían en el oeste…*

Sobre el diagrama se proyectó una sombra que lo cubría todo y Meliash levantó la mirada. Un hombre joven, de cabello oscuro y mediana estatura, los ojos negros y la mueca de una sonrisa en los labios, estaba de pie junto a él. Vestía una túnica amarilla y unas calzas hechas de pieles negras. Tanto la hebilla de su cinturón como el broche de su capa marrón eran de bronce. Lucía una barba corta y cuidadosamente arreglada.

En cuanto Meliash alzó la vista, el hombre saludó con una inclinación de cabeza y sonrió.

—Lo siento. No te había oído llegar.

Meliash dirigió una mirada a los criados, pero ellos tenían la atención puesta en otra parte.

—Y, aun así, ¿sabías de mi llegada?

—En cierto modo, sí. Me llamo Meliash. Soy el guardián de la Sociedad en este lugar.

—Lo sé. Soy Weleand de Murcave. He venido para atravesar la tierra cambiante y reclamar el castillo Eterno que se alza en el centro.

—¿Eterno…?

—Algunos de nosotros lo conocemos por ese nombre.

Intercambiaron el saludo de la Sociedad.

—Siéntate —dijo Meliash—. ¿Quieres acompañarme en el desayuno? No harías mal en empezar con algo caliente en el estómago.

—No, gracias. Ya he comido.

—¿Una taza de té?

—Preferiría no demorarme. Largo es el camino que he escogido.

—Me temo que no puedo decirte mucho sobre él.

—Ya sé todo lo que necesito saber al respecto —contestó Weleand—. Lo que sí me gustaría saber es el tránsito que has visto hoy.

—Eres el segundo. Llevo dos semanas de guardia. El duodécimo en pasar por aquí, supongo que eso hace un total de treinta y dos transeúntes, guardamos registros de todos.

—¿Sabes si alguno de ellos consiguió pasar?

—Lo ignoro.

—Bien.

—Supongo que la posibilidad de convencerte de que no lo intentes es más bien escasa.

—Imagino que estás obligado a intentar convencer a todos. ¿Alguno de ellos te ha hecho caso?

—No.

—Pues ahí tienes mi respuesta.

—Es obvio que has decidido que merece la pena correr ese riesgo por el poder que se puede conseguir. Pero ¿qué harías con él de conseguirlo?

Weleand bajó la cabeza.

—¿Qué haría? —empezó a decir—. Enderezaría aquello que está torcido. Recorrería el mundo de uno a otro confín arreglando injusticias y premiando la virtud. Lo emplearía en hacer de esta tierra un lugar mejor en el que vivir.

—¿Y qué ganarías con eso?

—La satisfacción de hacerlo.

—Ajá. Claro, supongo que la hay, sí. ¿Seguro que no te apetece una taza de té?

—No, será mejor que me ponga en marcha. Me gustaría haber cruzado antes de que anochezca.

—Buena suerte, entonces.

—Gracias. Ah, por cierto: entre esas treinta y una personas que has mencionado, ¿había un hombre alto, con botas verdes, montado en un caballo metálico?

Meliash negó con la cabeza.

—No, ninguno con esa descripción pasó por aquí. Las únicas botas de elfo que he visto han sido las de una mujer, no hace mucho.

—¿Y quién podía ser?

—Arlata de Marinta.

—¿Ah, sí? Qué interesante.

—¿De dónde decías que eres?

—Murcave.

—No tengo el placer.

—Es una región pequeña y lejana, hacia el este. He aportado mi granito de arena para hacer de ella un lugar feliz.

—Y que lo siga siendo —le deseó Meliash—. ¿Un caballo metálico, decías?

—Sí.

—No he visto nada parecido. ¿Crees que vendrá por aquí?

—Todo es posible.

—¿Qué más tiene de especial?

—Creo que es uno de los Hermanos más oscuros en el Arte. Si lo lograra, quién sabe el daño que podría provocar.

—La Sociedad no va a tomar ninguna postura acerca de quién puede acometer esta empresa.

—Lo sé. Pero no es necesario tomarse la molestia de ayudar a alguien dándole buenas indicaciones y consejos, si sabes a qué me refiero.

—Creo que sí, Weleand.

—Se llama Dilvish.

Weleand sonrió y estiró la mano para coger un báculo decorado con elaboradas tallas que estaba apoyado en un árbol. Meliash no se había percatado de su presencia hasta entonces.

—Ya es hora de que siga mi camino. Que tengas un buen día, guardián.

—¿No tienes ninguna montura, ningún animal de carga?

Negó con la cabeza.

—No tengo grandes necesidades.

—Entonces me despido, Weleand, que te vaya bien.

Weleand se giró y se encaminó a la tierra cambiante. No se giró para mirar atrás. Después de un rato, Meliash se levantó y contempló al hombre hasta que la niebla envolvió su silueta.